

LA ETERNIDAD DE LA MATERIA

Sabemos por la Revelación Divina que el mundo ha sido creado por Dios en el tiempo, pero nos veríamos en serios apuros si quisiéramos probar por la sola razón que la materia no ha existido alguna vez.

La mente no halla contradicción alguna al concebir a la materia como existente desde toda la eternidad sin haber tenido comienzo, del mismo modo como la concibe sin fin, por ser indestructible.

Pero el movimiento de la materia con todo el proceso de transformaciones al que se halla sometida, sin duda ha comenzado en el tiempo, como se puede probar "a posteriori"; y es imposible que sea "ab aeterno", como ensayaré demostrarlo "a priori".

¿En qué nos fundaremos para probar la repugnancia del movimiento eterno? Pues, en el mismo concepto de movimiento que no dice otra cosa que, tránsito o paso de un estado o modo de ser (término "a quo") a otro modo de ser (término "ad quem"). Ahora bien, o la materia por su propia naturaleza está determinada a tener una ubicación o algún modo de ser peculiar (término "a quo") o bien es indiferente para todo ello.

Si elegimos lo primero, tendremos que a la materia le correspondió desde toda la eternidad una determinada ubicación y un estado determinado (término "a quo"). Luego el movimiento y la transformación comenzó en el tiempo.

Si preferimos el otro miembro de la disyunción, es decir: la indiferencia de la materia (que es lo que corresponde), será necesario recurrir a un ser que le dé esa determinación que ella de sí no tiene.

Ahora bien, ese ser, que no puede ser sino Dios, no podrá sin embargo comunicar a la materia un movimiento eterno; porque al crearla desde toda la eternidad tuvo que

darle necesariamente una determinada ubicación y disposición natural (término "a quo"). Pero es así que el término "a quo" se presupone al movimiento y se distingue de él y del término "ad quem". Luego el movimiento de la materia no pudo ser eterno.

En otras palabras: el movimiento no admite simultaneidad con el término "a quo", del cual realmente se distingue. Pero es así que la materia tuvo que ser creada con cierta disposición (término "a quo") desde toda la eternidad (por hipótesis). Luego el movimiento no es simultáneo de esa disposición. Pero esa disposición de la materia era eterna. Luego el movimiento de la misma materia no es eterno sino posterior y por lo tanto temporáneo.

Pero para aquellos que no hayan entendido estas razones por ser demasiado abstractas, hay un argumento que les probará que el movimiento de hecho y positivamente ha comenzado en el tiempo y que de ningún modo es eterno.

Según el principio de la degradación de la energía o entropía, que nos han hecho conocer Clausius y Lord Kelvin, todas las energías tienden paulatinamente hacia un estado de equilibrio total en el que ya no habrá transmutación alguna de energías.

Entonces habrá cesado en el universo todo movimiento; los cuerpos celestes, inmóviles ya, habrán dejado de irradiar su calor y su luz, y por todas partes reinará la obscuridad más absoluta y el riguroso frío de la muerte.

A esto se llegará de la siguiente manera: en todos los cambios de energía se produce calor; nunca energía de ninguna especie podrá transformarse íntegra en otra, sino que siempre una parte se transformará en calor. Y el calor a su vez nunca se transformará íntegro en otra energía; siempre quedará una parte transformada de calor, a la que se da el nombre de *entropía*, es decir: vuelto hacia adentro, energía degradada, inutilizable. En ese proceso incesante de cambios de energía irá aumentando el calor y también la entropía; de modo que llegará un momento en que todas las energías convertidas en calor se habrán degradado.

Entonces el calor, difundido por todos los ámbitos del universo, buscará el total equilibrio. Alcanzada la igualdad de temperatura, cesará por completo todo cambio de energía y reinará el más absoluto reposo.

De todo esto podemos concluir, que si el movimiento de la materia tendrá fin alguna vez, también ha tenido principio. Luego no es eterno, pues si lo fuera ya habría llegado al estado de absoluto reposo, porque una serie finita de transformaciones bien puede tener holgada cábida en toda una eternidad, que equivale a un tiempo infinito.

¿A qué o a quién debe su origen el movimiento, si la materia desde toda la eternidad era indiferente para él? ¿Cuándo comenzó? ¿Por qué no antes? ¿Por qué no después?

He aquí las cuestiones que tendrán que resolver los ateos, que no admiten otro ser fuera de la materia. Pero creo, sin embargo, que no les será muy difícil salir del atolladero, inventando no sé qué leyes de la evolución que podrán aplicarse luego al gusto del consumidor. La materia eterna, al fin, pondrá término a todas sus perplejidades, pues si es eterna es improducta y si en su ser no depende de otro, debe tener en sí la razón de todo lo que en ella sucede; luego tendrá también la del movimiento, aunque nosotros ignoremos cuál será.

Pero todo eso, que bien puede ser un sueño de una noche de verano, no es una realidad. Dado, pero no concedido, que la materia sea eterna, de ningún modo es improductiva o no causada y mucho menos independiente de otro ser; todo lo cual nos proponemos demostrar a continuación.

Del mismo modo como la materia es indiferente para estar en reposo o en movimiento, lo es también para existir o no existir. Luego por su esencia no está determinada para existir y por consiguiente, si existe de hecho, lo hace en virtud de otro ser que le ha dado la existencia y del cual depende total y esencialmente.

Con la misma facilidad con que la mente concibe a la materia existente desde toda la eternidad, también la puede concebir como nunca existente sin hallar en ello contradicción alguna. Pero ¿no pudiera ser esto un capricho de nuestra

mente, un modo antojadizo de concebir las cosas? Si la materia existe de hecho y es indestructible ¿quién nos dice que su no existencia sería posible? Si existe, existe necesariamente y en virtud de su esencia; luego no hay por qué decir que es indiferente para existir o no existir.

Para responder a esta objeción es necesario aclarar primero lo que significa existir o tener el ser en virtud y por determinación de la propia esencia.

Todas las cosas tienen una esencia determinada en virtud de la cual son lo que son. Ahora bien, en toda cosa que por su esencia es algo determinado, no podremos hallar nada que contradiga tal esencia, nada que le sea extraño y que no le pertenezca y por lo contrario debe contener todo lo que le pertenece; porque si no, sería y no sería al mismo tiempo aquello que pretende ser, lo que es absurdo.

Pues bien, aquello que por su esencia es o tiene el ser, debe tener en sí todo lo que al ser pertenece y debe excluir de sí todo lo que al ser se oponga.

Y ¿qué es aquello que al ser pertenece y lo que al mismo se opone?

Al ser pertenece toda perfección, porque ente o ser es aquello que tiene alguna perfección; luego ser por esencia es aquello que realiza y concreta el concepto abstracto de ser que sólo dice: perfección o actualidad.

Y al ser se opone todo límite o negación de perfección (no - ser), toda potencia o negación de actualidad.

Luego ser por esencia es acto puro sin mezcla de potencia, es perfección en grado infinito sin límite alguno.

¿Y hallamos acaso en la materia la perfección requerida por el ser por esencia? Absit; nada más diametralmente opuesto al Acto Puro que la materia, que bien pudiera llamarse potencia pura.

Esencialmente compuesta y sujeto de todas las transformaciones está en potencia para serlo todo y a la vez para dejar de serlo. Nada más opuesto al ser por esencia que siempre está determinado a ser lo que es sin poder jamás dejar de serlo.

Conglomerado de infinidad de sustancias e individuos, todos imperfectos y limitados, es el mundo y la materia, como sabemos por experiencia. Mientras el ser por esencia es cúmulo de infinitas perfecciones en grado ilimitado en un individuo simplicísimo y único por esencia.

No existe por lo tanto, la materia en virtud de su esencia, que es totalmente indiferente para ser o no ser y que por eso mismo depende totalmente en todos y en cada uno de los instantes de su existencia, del Ser necesario y único que existe en virtud de su esencia: Dios.

Nada ganan los ateos con poner a la materia eterna, si el mero hecho de no haber tenido comienzo no es suficiente para alterar la esencia de la materia, que sigue siendo contingente o indiferente para la existencia, del mismo modo que si hubiera comenzado en el tiempo.

Por donde se ve que la única verdadera eternidad es la que corresponde a Dios, ya que ella sola es "la entera y simultánea posesión perfecta de una vida interminable" según la definición clásica de Boecio.

La materia, en primer lugar, no posee vida alguna y la aparición de la misma en el mundo como un elemento extraño no se justifica por evolución de ninguna especie.

Menos aun podrá llamarse perfecta la posesión de su ser, de por sí indiferente para ser real y que debe su actualidad totalmente a otro, en cuyas manos está el mantenerla en ese estado o dejar de hacerlo reduciéndola a la nada absoluta. Y su simultaneidad, los mismos evolucionistas y panteístas se encargarán de negarla ya que según ellos, el mundo se ve sometido siempre a una perpetua transformación. Y si bien es cierto que la materia, como sujeto de esa evolución, permanece siempre la misma, sin embargo puede decirse que su ser virtualmente se renueva a cada instante, ya que debe su permanencia a la acción conservativa del Ser Necesario, lo que equivale a una creación reiterada en cada momento.

Resumiendo: la revelación nos enseña que la materia ha comenzado en el tiempo y la razón, aunque no nos pueda demostrar rigurosamente lo mismo, tampoco nos puede probar positivamente lo contrario; en cambio, podemos com-

probar "a priori" y "a posteriori" fundánonos en el concepto de movimiento y en la ley de la entropía respectivamente, que el movimiento y el proceso sucesivo de transformaciones ha comenzado en el tiempo; de todo lo cual podemos concluir como probable, que también la materia lo ha sido, ya que una permanencia ociosa de la misma desde toda la eternidad no hallaría justificativo alguno, ni explicación que pudiera satisfacer, máxime si está en pugna con lo que la revelación divina nos declara.

MIGUEL LUACES, S. V. D.